

Tres personajes literarios minúsculos y un poema para explicar por qué escribo

Antonio Espinosa Úbeda

A mi querido amigo y filósofo José María Carrascosa González

Releyendo a Borges tropecé en la misma piedra. Se trata de una piedra que tiene forma humana y nombre de *Irineo Funes*, personaje central de "Funes el memorioso", habitante de Fray Bentos, un lugar de veraneo. Este relato pertenece a su libro "Artificios", publicado en 1944, que contenía nueve relatos. En "Funes el memorioso", Borges pretende escribir un ensayo sobre el insomnio. El relator describe así a Funes:

Lo recuerdo con una pasionaria en la mano, viéndola como nadie la ha visto, aunque la mirara desde el crepúsculo del día hasta el de la noche.

Y más adelante, el mismo relator explica:

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra.

Y en el mismo párrafo, responde Funes,

- Mis sueños son como la vigilia de ustedes.

La primera vez que leí este relato, rápidamente arribaron a mi mente algunas ideas. Seguramente son ideas descabelladas para los expertos en Borges o en literatura; para mí son ideas tan irrazonables como la propia vida del personaje a quien me refiero:

1. *Funes* representa muchos de los valores que yo busco en un personaje literario, sin tener que recurrir al enorme *Don Quijote*.

Me pregunté, ¿acaso la literatura, entendida en su más amplio sentido, no se parece a ese personajillo que vive permanentemente tumbado sobre una cama y en la oscuridad porque sufre de insomnio? ¿Qué significados tienen esas palabras? Pensé también en reunir a *Funes* con el inconmensurable *Don Quijote* pero, reconociendo mi absoluta ignorancia para hablar de Alonso Quijano preferí quedarme solamente con *Irineo Funes*. Puede, entonces, comprenderse que no pretendo comparar a ambos personajes sino sumar las sensibilidades de cada uno de ellos.

Simplificando, que no es buen arma en la narrativa, ambos son soñadores cuyos sueños son la realidad de los demás, imaginativos, perceptores de una realidad detallista,

aunque sea una realidad falsa e irreal y, finalmente, cada uno tiene su grado de locura o de pasión. Requisitos que en mi opinión deben estar presentes en la narrativa literaria, al menos en la narrativa que yo prefiero.

2. Cuando analizaba al personaje de Borges llegué inmediatamente a la conclusión de que, visto desde esta perspectiva, yo no era, o yo no soy, un escritor sino un científico. Sí, me siento un científico que disfruta escribiendo; sin embargo, el científico, cualquier científico, a semejanza de los dos personajes literarios, también imagina un mundo físico que toma como modelo. Busca, investiga sobre él, lo descubre en muchas ocasiones y lo llena de contenidos; y entre los contenidos se encuentra la pasión, porque ésta a la que me refiero es la propia pasión que pone el investigador en su empeño. Existen, pues, coincidencias entre mis dos mundos, científico y literario, porque para que el científico busque ese modelo físico se hace necesario que escape previamente a la realidad empírica, al retrato de lo estudiado, para introducirse en la realidad que imagina, en la que desea, en la que investiga. Y eso también requiere pequeñas dosis de locura y mucha pasión, como la que acompaña al personaje de *Funes*.

Considerando este nuevo aspecto de la cuestión, ahora podría, si fuese capaz de ello, no solo sentirme un científico que disfruta escribiendo, sino que sería posible intentar descubrir la parte de escritor, o de escribidor, que hay en mí, ese que cada persona lleva dentro de sí.

Seguiré con el primer, y pequeño, personaje, *Funes*. Asentado en su enfermedad, el insomnio, en su locura, en su mundo imaginado o en su intento por romper los moldes que le atan al mundo más o menos cuadriculado en que habita, *Funes*, digo, llega incluso a inventar, -¿o a descubrir?-, un nuevo sistema de numeración que consiste en asignar una palabra a cada número. Por ejemplo, el 7014 podría ser conocido como *Máximo Pérez*, en palabras del propio *Funes*. ¿Por qué los números tienen que derivarse unos de otros?, se pregunta.

Desde el punto de vista de la lógica más rabiosa, *Funes* podría parecer loco. Posiblemente sea un loco, como el propio *don Quijote*. No obstante, voces más autorizadas que la mía han considerado que *don Quijote*, más que loco, fue un personaje que necesitó crear un mundo, su mundo, y dotarlo de sentimientos, de la misma forma que, siglos más tarde, *Funes el memorioso*, como consecuencia de su insomnio, también lo necesitó, lo creó y lo llenó de algo material, de algo llamado sentimientos.

Y dirán ustedes que adónde pretendo llegar con este ejemplo. La respuesta es que la literatura para un científico que ha dedicado casi toda su vida a vivir con pasión en el mundo escondido de la investigación, la literatura, digo, representa un intento decidido de llenar de magia, de imaginación, de pasión y de vida menos previsible, las palabras que siempre ha tenido que emplear en el contexto de lo real.

He hablado de tres personajes y de un poema para explicar mi posición ante la Literatura. Es el turno del poema. Es de José Manuel Caballero Bonald, quien en su poemario *Manual de infractores* dice:

La luz prensil de los espejos
atrapa a quien se mira.
Al fondo
pululan turbios flecos, marcas
marchitas, falsos

indicios de la realidad,
la lenta lepra opaca del azogue.
Todo es ya su reflejo
¿quién
se hizo pasar por quién?
Cómplice de sí mismo
el que mira inculpa a quien lo observa.

Pocas palabras voy a añadir a un poema hermoso.

Indicios de realidad. ¿Qué existe si no se trata de la realidad? Yo diría que el mundo pensado, el universo creado por la imaginación, por el deseo o por cualquiera de los sentimientos humanos es tan real, o al menos tiene tantos indicios de realidad, como lo es el que ve quién se mira al espejo.

De nuevo me muevo en el doble mundo de lo real y de lo pensado. ¿Qué es a veces más real? ¿Quién se hace pasar por quién?

Esta será otra de las características del mundo y de los personajes que aparecen en mis escasas y humildes obras. Puedo ya anticipar que no me complace la acción sino el personaje. Un personaje que se mueve ante ese espejo que le muestra las dos caras de la misma realidad: a) la cara más descarnada, como si el personaje quisiera relatar de manera periodística lo que ve o vive, y b) la cara que se oculta detrás de los límites más oscuros de la irrealidad. A veces estos dos mundos están aislados; en otras ocasiones, están entremezclados, como sombras cruzadas de las que vemos solo la irrealidad engañosa del todo.

Reconozco que, exceptuando a Borges, uno de los maestros de la descripción de esos mundos confundidos en uno es Haruki Murakami.

Haré una pequeñísima alusión al personaje central de *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*, que probablemente no sea su obra más importante. El autor describe la ciudad como el lugar en que la vida está asegurada, pero para entrar en ella, en la ciudad, la gente debe dejar su sombra y su corazón en la Cabaña al cuidado del Guardián. Se trata de despojarles de sus sentimientos, tema que tocaré más adelante.

Escribe Murakami:

Una tarde nublada, cuando bajé a la cabaña del guardián, me encontré a mi sombra ayudándolo a reparar una carreta... y más adelante: La sombra se limitó a dirigirme una ojeada y, acto seguido, volvió a enfrascarse en su trabajo. Parecía enfadada conmigo.

El binomio realidad-irrealidad, mundo real-mundo pensado, o *mis sueños son como la vigilia de ustedes*, de Funes, cobra aquí toda su fuerza.

Pienso que la propia esencia humana está formada por binomios de todas las clases, empezando por el que representan conceptos tales como vida-muerte, amor-desamor, bondad-maldad o cuerpo-alma. Cualquier sentimiento o hecho humano necesita irremediabilmente de su análogo simétrico para completar el binomio. Más aún, la idea de la existencia de un cuerpo solo, impar como los números primos, parece inaceptable para el hombre, necesitado como está de los binomios que equilibren sus

sentimientos. El concepto de alma -¿o de sombra para Murakami?- vino a solucionar ese problema.

Así pues, un científico que ha caminado toda su vida detrás de resolver el binomio verdadero-falso, ha encontrado en la literatura otros en los que desarrollar un meticuloso trabajo de búsqueda. Al menos, es así en mi caso.

Finalmente, a esta mezcla le falta el ingrediente de la intemporalidad, algo en lo que muchos autores como Paul Auster, en su obra *El palacio de la luna*, en el que relata la búsqueda de identidad de Marco Stanley Fogg o también Orhan Pamuk, en su libro *Nieve*, etc., son maestros.

Sin embargo, me referiré a otro personaje minúsculo de la literatura, a *Daisuke*, de Natsume Soseki, porque no en balde llevo tiempo interesado en la literatura oriental. Soseki expresa muy bien este concepto de intemporalidad en su *Daisuke*, un joven japonés contrario a las normas que regían en su tiempo.

*¿Ya ha terminado el colegio? Es muy temprano, preguntó Daisuke.
Nunca es temprano para nada, replicó Seitaro sonriendo.
¿Quieres tomar un chocolate caliente?
Sí, respondió el niño.*

Resumo. La necesidad de crear, aunque sea desde la locura, mundos llenos de sensaciones y de pasión; la necesidad de profundizar en el conflicto entre los mundos pensado y real o entre los diferentes binomios que abarcan a los sentimientos y a las sensaciones humanas; y la intemporalidad de los personajes y de sus sentimientos, son características que me apasionan en este nuevo intento de descubrir la parte de escritor, o de escribidor, que llevo dentro de mí, al tiempo que disfruto escribiendo.

Y en este sistema de valores se enmarcan todos los personajes que he creado, que estoy creando y que crearé en un futuro, pertenezcan al mundo de la prosa o al de la poesía.

Terminaré con dos ejemplos de mi nuevo poemario, aún inconcluso y a falta de título.

YO REPOSTADO

Caminaba sobre su sombra
bajo infinitos corpúsculos de luz,
¿acaso, de realidad?,
desprendidos de la infinitud
de un espacio etéreo;
daba pasos cortos, que pretendían
no dañar a su *yo repostado*.

Pasado el recodo que conduce
al recóndito lugar del pensamiento
silencioso, desapareció su vida
horizontal y
el hombre
se sintió perdido dentro de un espejo

transparente de aire.

A veces el hombre se pierde
en lugares iluminados.
¿Quién
puede encontrar a su otro yo
esfumado a través del inexistente
cristal?

Nadie puede distinguir al hombre
de su otra parte.

O este otro, que expresa más claramente la crudeza de los principios que acabo de enunciar:

EL ESPEJO QUE ME MIRA

Al doblar la esquina están las putas
mostrando la sombra de su sombra,
falsamente procaces,
procelosas en su esfuerzo.

Al doblar la esquina de las sombras
mi traicionera mente me llevó,
inconscientemente,
al lugar de las cañas tumbadas y las botellas
medio llenas,
en que nos iniciamos
precozmente con *la Paca*.

El cañal se erguía junto a las vías de un tren
que pasaba dos veces cada día,
humeante, ruidoso.
Aquello excitaba a todos, especialmente,
a mí.

Tiempos de imposible amor
y de puritanos cuerpos, que pecan gozando
y gozan insatisfechos de amor.

Hoy me ha mirado el espejo
y no me ha reconocido. Tras un tiempo,
me ha asegurado que sigo vivo.

Primavera de 2012